

## EL FIASCO FRANCÉS

¡Qué desagradecidos! ¡Qué irresponsables! ¡Qué injustos! Cuando el des-concierto inicial de la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas celebrada el 21 de abril cedió el paso a la hipócrita indignación por parte de los dirigentes del Partido Socialista y los expertos de la izquierda liberal, parecía difícil evitar la conclusión irónicamente imaginada por Brecht en otra famosa ocasión: habría que disolver el electorado y nombrar otro más satisfactorio. Después de todo lo que se había hecho por ellos –la semana de 35 horas, un moderado crecimiento económico, la caída en la tasa de desempleo– y con un candidato tan desinteresado y cabal, ¿cómo podían ser tan infantiles y tan desleales las *couches populaires*? Su escandalosa muestra de indiferencia u hostilidad al centro-izquierda –expresada en abstenciones o votos a la extrema derecha o a la extrema izquierda– había dejado a Francia a merced del fascismo. De un día para otro, la clase dirigente unía sus voces para pedir al pueblo francés que apoyara como defensor de sus libertades a Jacques Chirac, un saco apestoso de corrupción política que debería estar entre rejas desde hace tiempo, asegurando a los electores que ésa sería la mejor manera de evitar una victoria de la derecha en las próximas elecciones legislativas. El resultado era previsible. Chirac, a quien habían ofrecido un plebiscito, pagó a la «Izquierda Plural» con una masacre en las elecciones para la Asamblea Nacional. Francia tiene ahora la más amplia mayoría conservadora de las últimas décadas.

¿Cómo pudo suceder ese desastre? El barrido de la derecha en 2002 no se debe a ningún desplazamiento amplio y profundo de la opinión en el conjunto del país, sino que expresa por el contrario la crisis de la representación electoral que se ha ido extendiendo por toda Europa a medida que se vacían los partidos de masas, se abre un foso cada vez mayor entre políticos y ciudadanos y los antiguos socialdemócratas y cristiano-demócratas convergen en torno a los mismos programas neoliberales creando una turbulencia centrífuga a uno y otro lado de un centrismo neutro. Esos síntomas se han visto exacerbados en Francia por ciertas deformidades nacionales específicas. Las normas para la financiación pública de los partidos políticos permiten a una serie de cáscaras más o menos vacías, con un puñado apenas de miembros cotizantes, presentarse ante el electorado

como formaciones democráticas<sup>1</sup>. La constitución híbrida de la Quinta República, que inclina a la presidencia, sea a la manipulación bonapartista, sea a la chapuza de la cohabitación, tiende a borrar cualquier distinción entre orientaciones programáticas<sup>2</sup>. Pero, sobre todo, en los últimos veinte años la política oficial, que ha mantenido una orientación constante y una continuidad asombrosa, se ha ido alejando cada vez más de las vidas y preocupaciones de la mayoría de la población.

### *Gobiernos y gobernados*

En 1983, como es bien sabido, François Mitterrand, el primer candidato que la izquierda –en aquel tiempo una alianza casi pareja entre los partidos socialista y comunista– había conseguido situar a la cabeza de la Quinta República, realizó un brusco viraje, abandonando su programa nekeynesiano frente a la hostilidad de los mercados financieros y tomando las habituales medidas de austeridad neoliberal. La oposición al cambio de línea se vio silenciada, tanto en el seno de la coalición gobernante como en el conjunto del país, y el nuevo primer ministro, Laurent Fabius, emprendió sin mucha dificultad las medidas draconianas exigidas por los mercados. A partir de entonces, durante una década de gobiernos alternados, los sucesivos primeros ministros de centro-derecha (Chirac, 1986-1988; Balladur, 1993-1995) y de centro-izquierda (Rocard, 1988-1991; Bérégovoy, 1991-1993) practicaron casi la misma política. Pero desde mediados de la década de 1980, y con la misma insistencia, sus resultados fueron una y otra vez rechazados por el electorado al final de cada periodo legislativo. Cuando en 1995 concluyó por fin el largo reinado de Mitterrand, Chirac se lanzó a la campaña por la presidencia oponiéndose prácticamente al gobierno Balladur y a su propio partido, combinando vociferantes ataques al *laissez-faire* con llamamientos a la protección social y a la creación de puestos de trabajo como única forma de ganar.

Una vez asumida la presidencia, no obstante, Chirac volvió pronto al mismo *pensée unique* que había denunciado durante la campaña electoral. Esta vez, sin embargo, su «conversión» a una agresiva agenda neoliberal y las salvajes reformas de su primer ministro Alain Juppé desencadenaron una

---

<sup>1</sup> El Estado devuelve todos sus gastos electorales a cualquier partido que supere la barrera del 5 por 100 en las elecciones presidenciales; en las legislativas cualquier lista con más de 50 candidatos tiene derecho a 1,67 euros por cada voto que recibe.

<sup>2</sup> Una de las consecuencias de esas disposiciones es una peculiar «presidencialización» del sistema de partidos, que acentúa la tendencia a constituir organizaciones políticas que sirven únicamente como plataformas de candidaturas presidenciales. Hasta fuerzas supuestamente antisistémicas como los grupos trotskistas se ven obligadas a adaptarse a esa lógica personalista, exponiendo ante la luz cegadora de los medios de comunicación, particularmente igualitarios en Francia, a «figurones» de los que se espera injustificadamente que representen a la dirección de esas formaciones.

oleada de huelgas y protestas masivas que conmocionaron Francia en el invierno de 1995<sup>3</sup>. En aquel momento –pocos meses después de las elecciones– el Partido Socialista sufría todavía la resaca de los dos septenatos de Mitterrand, entre revelaciones de manipulación, corrupción y conexiones ocultas que amenazaban hundirlo bajo una marea de rechazo público. Ésas fueron las precarias condiciones en las que se eligió a Lionel Jospin para purgar aquella comprometida herencia. Después de haberle servido como lugarteniente leal –primer secretario del PSF entre 1981 y 1988 y luego ministro de Educación–, Jospin no podía desaprobado toda la ejecutoria de Mitterrand. Su solución consistió en proponerse a sí mismo como encarnación de un regreso a los principios: puritano, modesto, incorruptible. En una reveladora entrevista a *Les Temps Modernes* distinguía las «esperanzas» de los primeros años de Mitterrand de la degeneración «psicológica» del segundo mandato<sup>4</sup>. Atenerse a las obligaciones del poder no era lo mismo que renunciar a las propias creencias; según explicaba, el PSF todavía podía actuar como un «freno» sobre la brutalidad del proceso capitalista global.

Sorprendido con la guardia baja por la revuelta popular de masas contra el gobierno Juppé en el invierno de 1995, Jospin desplegó con habilidad el discurso de la humildad. El recuerdo del PSF en el poder estaba todavía demasiado fresco para intentar actuar ahora con lo que se podía entender como modos arrogantes. Negándose la posibilidad de «politizar» el movimiento de protesta y prestándole únicamente un apoyo pasivo, Jospin consiguió presentarse como un simpatizante callado de las movilizaciones, y al PSF como la alternativa humana a Juppé. A una ligera radicalización del programa del partido, especialmente en la cuestión de la emigración y la semana de 35 horas, le siguió la constitución de la «Izquierda Plural», dictada al PSF por una cruda lógica electoral y a sus socios de coalición por el anhelo de una pátina de credibilidad gubernamental. Jospin unió así bajo su sombrilla a los verdes, los comunistas, los radical-socialistas y el pequeño movimiento formado en torno al antiguo notable del PSF Jean-Pierre Chevènement en las elecciones legislativas convocadas por Chirac –en un importante error de cálculo– en julio de 1997. Con gran sorpresa de éste la izquierda obtuvo una estrecha pero suficiente mayoría en la Asamblea Nacional. Jospin fue nombrado inopinadamente primer ministro, iniciándose así cinco años de cohabitación.

---

<sup>3</sup> En la cumbre celebrada en octubre de 1995 en Baden-Baden, Chirac se vio sometido a una presión muy intensa por parte alemana para que se adaptara a los criterios de convergencia de la UME. Véase George Ross, «Europe and the Misfortunes of Mr. Chirac», *French Politics & Society* 15, 2 (primavera de 1997).

<sup>4</sup> «Gauche de lutte et gauche de pouvoir. Entretien avec Lionel Jospin», *Les Temps Modernes* 587 (marzo-abril-mayo de 1996).

El logro más notable de Jospin fue mantener una máscara de estoica renuencia mientras llevaba adelante una agenda neoliberal que igualaba, y a veces sobrepasaba, la de sus predecesores. Mientras los farisaicos ideólogos del partido como Henri Weber pregonaban una «cuarta vía» —el PSF evitaría los errores del liberalismo de Blair y de la socialdemocracia al viejo estilo— y el propio primer ministro contraponía la «economía de mercado» (encomiable) a la «sociedad de mercado» (censurable), el régimen socialista desmentía con su práctica esa distinción. Se abandonó inmediatamente la promesa electoral de renegociar las condiciones antisociales del Pacto de Estabilidad de la Unión Europea, que Jospin firmó al cabo de una semana de entrar en funciones sin un gemido siquiera por parte del PCF. En lugar del compromiso incondicional de abolir las leyes de inmigración xenófobas Pasqua-Debré, contra las que el movimiento de los *sans-papiers* había desarrollado una campaña de masas, se propuso una «regularización» caso por caso de aproximadamente la mitad de los implicados, con la amenaza de deportación para el resto. Cualquier esperanza de que el capital especulativo pudiera ser sometido a impuestos quedó frustrada con la pasmosamente insincera adopción de la Tasa Tobin ¡al 0 por 100! Hasta el reconocimiento de la unión civil para parejas homosexuales excluía *a priori* los derechos legales que corresponden a los matrimonios heterosexuales.

Por otra parte, el programa de privatización francés se vio drásticamente acelerado y la Izquierda Plural ejecutó más desnacionalizaciones —o «aperturas al capital» como prefería llamarlas— que los seis anteriores gobiernos juntos. Empresas que antes se consideraban intocables —Thomson-CSF, Aérospatiale, Crédit Lyonnais, CIC, GAN, AGF— fueron vendidas en pública subasta. Hasta las muy simbólicas France Télécom y Air France —bajo la supervisión del ministro de Transportes comunista Jean-Claude Gaysot— se vieron sujetas a privatizaciones parciales. Mientras que Jospin se pavoneaba enfáticamente ante la prensa financiera de Nueva York, en otoño de 1999, proclamando: «¡No nos hemos deshecho de la dictadura del proletariado para sustituirla por la de los accionistas!», el ministro de Hacienda Fabius defendía las *stock options* como forma de incrementar los incentivos, alentar al empresariado y estimular la economía<sup>5</sup>.

Pese a los enormes ingresos del Estado —el llamado efecto nido-huevos—, tanto Fabius como su predecesor, Dominique Strauss-Kahn, convirtieron en sus prioridades la reducción del déficit y la bajada de impuestos, reba-

---

<sup>5</sup> «A Survey of France: The Grand Illusion», *The Economist*, 5 de junio de 1999; Norbert HOLCBLAT, «Privatisations et services publics. Cinq années de profondes transformations», *L'Etat de la France 2002*, París, 2002; Jean-Claude GAYSSOT, «Dépasser le capitalisme, cela veut dire que ceux qui décident ne soient pas seulement les privilégiés», *Le Monde*, 15 de septiembre de 1998, p. 15; Philip GORDON y Sophie MEUNIER, *The French Challenge*, Washington DC, 2001, p. 26.

jando el incremento del gasto público al 2 por 100 anual entre 1997 y 2001. Los recortes socialistas al impuesto sobre la renta y al de circulación habían privado ya a la hacienda pública de 80.000 millones de francos, esto es, del 1 por 100 del PIB, cuando Fabius anunció en septiembre de 2000 planes para «el mayor programa de recorte de impuestos que Francia haya visto en cincuenta años», que incluía una reducción del tipo superior del impuesto sobre la renta, un recorte de 20.000-30.000 millones de francos de la Contribution Sociale Généralisée (un gravamen de amplia base imponible destinado a la cobertura del gasto social) y la eliminación del 10 por 100 del recargo del impuesto sobre sociedades instituido por Juppé<sup>6</sup>.

### *¿Treinta y cinco horas?*

El principal compromiso de la coalición había sido la introducción de la semana de 35 horas sin reducción del salario. No sólo se trataba de una vieja reivindicación del movimiento obrero —que vinculaba simbólicamente al gobierno con la revuelta de 1995—, sino que también parecía ofrecer una solución creativa al problema del desempleo, cuya tasa se elevaba al 12 por 100 cuando Jospin llegó al poder. La ministra de Trabajo Martine Aubry, al introducir la legislación sobre la Réduction du Temps de Travail, aseguró que se crearía un millón de nuevos empleos. Ahí, al menos, habría una ruptura genuina con la ortodoxia neoliberal.

La primera de las «leyes Aubry», aprobada en 1998, provocó un torrente de bramidos desafiantes por parte de la federación de patronos [pronto rebautizada como MEDEF (Mouvement des Entreprises de France), encabezada por la macilenta y susurrante figura del barón Ernest de Seillière y su corpulento compinche ex marxista Denis Kessler]. Esta normativa redujo la semana de trabajo de 39 a 35 horas, proscribiendo cualquier enmascaramiento de las cifras mediante pausas de descanso, formación o vacaciones. Para beneficiarse de subvenciones estatales se requería un incremento mínimo del empleo del 6 por 100.

Desde el primer momento, no obstante, la RTT se vio limitada en ciertos aspectos importantes. Sólo afectaba a 8,8 millones de trabajadores, ya que no cubría las empresas con menos de veinte empleados ni se aplicaba a los 5 millones de trabajadores del sector público (el gobierno se vio atrapado en la curiosa contradicción de pretender congelar la creación de puestos de trabajo en esta área, aunque sus intenciones se vieron frustradas en gran medida por las luchas de los empleados de la administración tributaria, la sanidad y la educación). Por otra parte, los efectos de la legislación se vieron socavados por la decisión de permitir negociaciones locales sobre su puesta en práctica. Dada la relativa debilidad de los sindicatos en las empresas individuales —ya que la tasa de sindicalización en

<sup>6</sup> Ph. Gordon y S. Meunier, *The French Challenge*, cit., p. 34.

Francia es, como mucho, del 9 por 100, y en realidad mucho más baja en la mayor parte del sector privado—, los patronos aprovecharon en muchos casos esas negociaciones como caballo de Troya para introducir nuevas flexibilizaciones del tiempo de trabajo, exigiendo a menudo restricciones salariales como parte del paquete.

Dado que la RTT sólo requiere un *promedio* de 35 horas por semana a lo largo de todo el año, muchas empresas la han utilizado como respuesta a la estacionalidad de la demanda, recortando así sus costes de horas extraordinarias. Así, por ejemplo, los obreros de Samsonite se ven ahora obligados a trabajar semanas de 42 horas en verano, cuando la demanda de maletas es alta, y sólo 32 en invierno, con la correspondiente disminución de salario. En el contexto de una correlación de fuerzas extremadamente desfavorable en los centros de trabajo y la cínica manipulación por parte de los patronos de sindicatos no representativos para conseguir la firma de los convenios, muchos trabajadores han vivido la RTT como una intensificación de la presión —la productividad ha crecido en cerca del 5 por 100 desde que se introdujo esa legislación— y un empeoramiento de las condiciones de trabajo, sin posibilidad de horas extraordinarias para endulzar la píldora. El segundo paquete de leyes, aprobado en 1999, era aún más favorable a la patronal, permitiendo a las empresas emborronar el cálculo de horas de trabajo con las pausas de descanso y días libres y dejando a un lado la obligación de contratar a nuevo personal.

En el contexto de una recuperación general en la zona euro durante este periodo —asociada a un euro débil, bajos tipos de interés y un asomo de recuperación del poder de compra por la reducción del IVA— el desempleo cayó del 12,6 al 8,7 por 100 entre 1997 y 2001, con una tasa de crecimiento anual del PIB del 2,9 por 100 como promedio, frente a una media del 1,2 por 100 en 1990-1997. Ese mejor rendimiento ha sido el éxito más importante del gobierno Jospin, haciéndole confiar en los beneficios que había aportado a los votantes franceses. Sin embargo, la ratio salarios/PIB ha descendido algo, del 68 por 100 en 1997 al 67,3 por 100 en 2000, bastante por debajo del nivel del 70,8 por 100 alcanzado en 1991. Es significativo que el 25 por 100 de empleados que dicen estar «satisfechos» con la RTT se encuentra en gran parte entre los estratos de gestores y el personal altamente cualificado, mientras que el cuartil de los que se muestran «profundamente insatisfechos» está constituido principalmente por trabajadores, cuello azul y no cualificados<sup>7</sup>. Esa división se ahondó en una serie de luchas contra los despidos —en Renault, Michelin, Danone, Moulinex y Marks & Spencer—, a las que el primer ministro sólo pudo responder afirmando que el Estado no estaba en condiciones de «administrar la economía». En definitiva, la legislación Jospin puede haber tenido

---

<sup>7</sup> Véase Cathérine BLOCH-LONDON y Thomas COUTROT, «La réduction du temps de travail a-t-elle encore un avenir?», Fondation Copernic, *Un Social-libéralisme à la française?*, París, 2001, p. 92; sobre la relación entre masa salarial y PIB, véase la p. 35.

como principal efecto la deslegitimación de una reclamación tradicionalmente progresista entre amplias capas de trabajadores, que atrapados en esa dialéctica infernal pueden llegar a considerar favorablemente las pretensiones actuales del centro-derecha de vaciar aún más de contenido la ley con la reintroducción, por ejemplo, de las horas extraordinarias.

### *Política exterior*

En la política exterior –que en la Quinta República constituye un dominio teóricamente compartido con la presidencia– Jospin tenía muy limitado el margen de maniobra para tomar iniciativas, aunque sí contaba con la capacidad de obstrucción suficiente como para poner freno a lo que le disgustara. En la práctica ha mostrado un conformismo prácticamente invariable. Se enviaron aviones y tropas francesas, bajo mando estadounidense, a las guerras de los Balcanes y de Afganistán, y la diplomacia francesa contribuyó a reforzar las sanciones sobre Irak. Si bien éstas fueron decisiones de Chirac, aunque refrendadas por Jospin, el primer ministro socialista aportó su propia contribución durante una visita a Israel, cuando –desbordando por la derecha al Elíseo– denunció como terrorista a la organización libanesa Hezbollah, siendo apedreado por jóvenes palestinos airados en Bir Zeit. En cuanto a Europa, tras un largo silencio, Jospin declaró que el proceso de integración debería tener un «contenido social», y eso fue todo.

### *Agonía del PCF*

¿Y qué decir de los socios de coalición de los socialistas en la Izquierda Plural? Tras recoger en 1994 de manos de Georges Marchais las riendas del Partido Comunista, el diminuto y barbado Robert Hue se vio sometido inmediatamente a presiones desde la derecha y la izquierda. En las elecciones presidenciales de 1995 obtuvo un poco menos del 9 por 100 de los votos, situándose ligeramente por encima de Arlette Laguiller, de la organización trotskista Lutte Ouvrière. El PCF necesitaba claramente apuntalar su base juvenil y obrera, erosionada por el atractivo de Le Pen. Aunque apenas intervino en las revueltas del invierno de 1995, se pudo constatar un viraje hacia movimientos sociales como el de los *sans-papiers* y las protestas por el desempleo. Pero esas campañas no alcanzaron a contrapesar los cantos de sirena de los socialistas y la oferta de puestos ministeriales que le hizo Jospin en 1997<sup>8</sup>.

Los malabarismos resultantes crearon una serie de tensiones dentro de la Izquierda Plural, pero el PCF nunca consideró la posibilidad de abandonar el gobierno. Tras tragarse el pacto de estabilidad, los recortes a los

---

<sup>8</sup> Para conocer su propia concepción de la estrategia comunista tras 1989, véase Robert HUE, *Communisme: la mutation*, París, 1995.

impuestos y las privatizaciones, Hue se vio reducido a declaraciones demagógicas en la Asamblea o a mostrarse frente a las cámaras de televisión en el festival de cine de Cannes. La guerra de los Balcanes fue una pesadilla política para el partido, que hizo estallar la lista multicolor Bouge l'Europe! que Hue había construido con todo esmero para las elecciones europeas de 1999. Geneviève Fraisse (filósofa feminista que representó al movimiento por los derechos de las mujeres en el gobierno Jospin), el líder de SOS Racisme Fodé Sylla y el antiguo comunista Philippe Herzog, diputado europeo [en el Grupo Confederal de Izquierda Unida], se manifestaron a favor del bombardeo estadounidense de Belgrado. La dirección del PCF se desvinculó impotente del ataque de la OTAN, sin pararse ni un momento a pensar qué estaba haciendo en un gobierno que participaba con tanto entusiasmo en él. Hasta los seguidores más entusiastas del partido comenzaron a volverle la espalda. Las elecciones europeas ofrecieron una cosecha miserable de menos del 7 por 100 de los votos.

Los intentos del PCF de recobrar credibilidad denunciando la «deriva hacia la derecha» del gobierno Jospin y alentando las luchas contra los despidos en Michelin se vinieron abajo cuando Bernard Thibault, líder del sindicato afín CGT, se negó a apoyar el llamamiento del partido para una manifestación de masas en solidaridad con los despedidos. Entretanto, un centenar de figuras de orientación libertaria y de sindicatos independientes, incluido Pierre Bourdieu, publicaron en *Le Monde* un texto defendiendo la «autonomía del movimiento social» y rechazando la manifestación del PCF como un intento de manipulación política. Tras los ataques al World Trade Center de Manhattan, el PCF llegó al colmo del oportunismo asustadizo cuando Hue se declaró solidario no sólo del pueblo «de la gran nación estadounidense», sino de «los líderes que se han dado a sí mismos». El partido hizo pública una declaración a favor del uso de todos los medios necesarios para combatir el terrorismo internacional, «incluido el recurso la fuerza», mientras que algunos importantes intelectuales comunistas defendían la necesidad de golpear militarmente la «plaga verde» del fundamentalismo islámico. Los portavoces de la línea oficial no llegaron a apoyar por completo la guerra de Afganistán, pero el PCF no estaba ya en condiciones de criticar el abrazo de Jospin a Bush.

La profundidad del descontento en la propia base del partido se pudo constatar claramente en un llamativo incidente que tuvo lugar a comienzos de la campaña electoral de este año. El 14 de marzo Hue ocupó su lugar a la cabeza de una manifestación de la CGT en defensa de los servicios públicos, junto a los siempre fieles secretarios generales de los sindicatos de ferroviarios y trabajadores de la energía, y se dirigió a los medios de comunicación con una estudiada denuncia de la actitud de los socialistas en relación con las privatizaciones. Casi inmediatamente comenzaron los abucheos y empujones por parte de iracundos militantes sindicales que gritaban: «¡Robert, deja de apoyar un gobierno que saquea al pueblo!», «¡Robert, tú votaste a favor de las enmiendas!». Para evitar males mayores, el líder y sus acompañantes tuvieron que abando-



nar la manifestación, mientras atronaban sus oídos los gritos de una base furiosa<sup>9</sup>.

### *Implosión del centro*

Ésta era la situación de la coalición de centro-izquierda cuando se convocaron las elecciones presidenciales y legislativas en la primavera de 2002. Jospin y su partido suponían que la caída del desempleo y la introducción de la RTT, junto a una trayectoria menos manchada por la corrupción, les llevarían a la victoria. Chirac, por su parte, tomó la iniciativa con una campaña centrada implacablemente en la necesidad de combatir el crimen y vigorizar las fuerzas de la ley y el orden y en que lo prioritario para los franceses era la seguridad física, no la seguridad social. Jospin se unió sin tardanza a ese discurso, como es natural menos convincentemente. Cuando entraron en la recta final, las principales diferencias programáticas entre ambos contendientes se pueden ilustrar sucintamente a partir del siguiente cuadro:

	Lionel Jospin	Jacques Chirac
<i>Impuestos</i>	Reducción de los impuestos locales (tipos impositivos)	Reducción del impuesto sobre la renta
<i>Empleo</i>	Reducción de las contribuciones a la seguridad social de los patronos + subsidio de desempleo para los trabajadores con menores salarios	Reducción de contribuciones a la seguridad social para los patronos + impuesto negativo para los trabajadores con menores salarios
<i>Desempleo</i>	PARE (subsídios vinculados a programas de fomento del empleo)	PARE
<i>Pensiones</i>	Fondos de ahorro salarial	Fondos de pensiones (al estilo francés)
<i>Europa</i>	Aplicación del Pacto de Estabilidad (en 2004)	Aplicación del Pacto de Estabilidad (en 2007)
<i>Sector Público</i>	«Apertura al capital»	Privatización

Fuente: Michel HUSSON, «Le Programme de transition de Lionel Jospin», *Critique communiste*, disponible en <http://hussonet.free.fr/pjospin.pdf>. Los elementos programáticos están tomados de las respectivas páginas web de los candidatos.

Esta reducción de las diferencias políticas al terreno de los matices y los juegos de palabras no pudo sino ejercer un efecto desastroso sobre la base socialista. Durante la extrañamente neutra y desdibujada campaña de Jospin, que comenzó diciendo que era una equivocación pensar en él

<sup>9</sup> Claire GUÉLAUD, «Robert Hue est chahuté par des militants de la CGT au cours du défilé pour la défense des services publics», *Le Monde*, 16 de marzo de 2002, p. 10.

como un candidato socialista, antiguas figuras del PSF como Pierre Mauroy, Henri Emmanuelli y Georges Frêche le pidieron que se dirigiera más explícitamente a los trabajadores franceses<sup>10</sup>. Todo lo que obtuvieron fue que se hiciera unas fotografías en un pueblecito minero de Pas-de-Calais, tomando unas cervezas ante los medios de comunicación. Entretanto, contemplando el ascenso de Arlette Laguiller en las encuestas de opinión, el secretario general del partido, François Hollande, anunció con cinismo que el PSF radicalizaría un tanto su programa «para la primera vuelta». No puede extrañar por tanto que el 74 por 100 de la población no viera «diferencias significativas» entre Chirac y Jospin. La víspera de las elecciones estaba claro que el candidato del PSF había hecho una campaña desastrosa, confiándolo todo esencialmente a la segunda vuelta. Pero pocos estaban preparados para el trauma que supuso que Jospin, al quedar por debajo de Le Pen, no superara ni siquiera la primera.

### *Desbandada en las urnas*

La escandalizada sorpresa del PSF y su claqué en los medios de comunicación se vio realzada por el carácter aparentemente «accidental» de la eliminación de Jospin. Habiendo obtenido 4.600.000 votos, esto es, el 16,18 por 100 en la totalidad del territorio electoral<sup>11</sup>, habrían bastado otros 200.000 para desplazar al tercer lugar a Le Pen, con unos 4.800.000 votos (el 16,86 por 100). Los 660.000 votos (el 2,32 por 100) que obtuvo el Parti Radical de Gauche –un diminuto satélite del PSF– habrían sido más que suficientes. De hecho, el total de los votos de la Izquierda Plural se dispersó entre cuatro candidatos: no sólo Jospin y la representante del PRG Christiane Taubira, sino también Hue, por el PCF (960.000, el 3,77 por 100) y Noël Mamère, de los Verdes (1.500.000, el 5,25 por 100), por no hablar de Jean-Pierre Chevènement, del Pôle Républicain (1.500.000, el 5,33 por 100). La izquierda entendió naturalmente esa fragmentación como causa fundamental de la derrota, y distintos expertos y notables se lanzaron a un auténtico frenesí de autoflagelaciones.

Sin embargo, la idea de que el exceso de candidatos había permitido a la extrema derecha superar el listón para la segunda vuelta suponía ignorar que Jospin había perdido 2.500.000 votos desde 1995, cuando tuvo más de 7 millones. Esos votos «perdidos» no se redistribuyeron simplemente entre sus socios de coalición. El PCF perdió dos terceras partes de su cau-

---

<sup>10</sup> Véase Eric AESCHIMANN y Renaud DÉLY, «Quand l'Atelier oublie les ouvriers», *Libération*, 27 de junio de 2002, p. 13.

<sup>11</sup> Francia «metropolitana», Córcega, los Dominios y Territorios de Ultramar (Polinesia francesa, Guadalupe, Guyana, Martinica, Mayotte, Nueva Caledonia, Reunión, Saint-Pierre-et-Miquelon, Wallis y Futuna), más los votantes franceses desde el extranjero. La distancia entre Jospin y Le Pen era considerablemente mayor excluyendo los dos últimos apartados: 4.770.491 (el 17,19 por 100) para el líder del FN, 4.398.055 (el 15,85 por 100) para el primer ministro.

dal anterior de 2.600.000 votantes. El voto a los Verdes aumentó, pero sólo en 500.000, insuficientes para colmar la diferencia. El electorado total de la Izquierda Plural disminuyó aproximadamente en 1.500.000 votos, de 10.700.000 a 9.200.000, lo que equivalía casi exactamente al aumento de la extrema izquierda desde 1.600.000 a poco menos de 3 millones, sumando algo más del 10 por 100 de los votos.

En cuanto a la derecha, Chirac llegó en primera posición, con 5.670.000 votos (el 19,88 por 100), lo que supone el peor resultado alcanzado por un presidente en ejercicio. En la propia Francia metropolitana y Córcega –esto es, excluyendo las posesiones de ultramar–, el voto para los dos candidatos de extrema derecha, Le Pen y Mégret, *superó de hecho* al de Chirac, con 5.430.000 (el 19,57 por 100) frente a poco menos de 5.390.000 (el 19,41 por 100). En conjunto, no obstante, el centro-derecha aparecía tan dividido como el centro-izquierda, con cinco candidatos que competían entre sí, por no incluir al de los cazadores y pescadores, Jean Saint-Josse, y también sufrió un importante desgaste<sup>12</sup>. En 1995 sus tres principales candidatos, Balladur, Chirac y De Villiers, habían conseguido aproximadamente 13.450.000 votos entre todos. En 2002 sus cinco candidatos sólo alcanzaron 9.600.000, con una pérdida de casi 4 millones de votos.

Lo más sobresaliente de la primera vuelta, por lo que se la recordará, fue por supuesto el éxito del Front National. Le Pen fue el candidato más votado en 35 de los 95 departamentos franceses, con un récord del 23,44 por 100 en Alsacia. Consiguió más de la quinta parte de los votos en veinte departamentos, y en quince ciudades de más de 10.000 habitantes sobrepasó el 30 por 100. También fue notable la expansión geográfica del electorado del FN, desde sus tradicionales bastiones en el nordeste, el corredor del Ródano y el sureste (la región Provence-Alpes-Côte d'Azur) hacia lo que antes eran baluartes comunistas en el norte y Pas-de-Calais (donde encabezaba la lista con más del 19 por 100), en las Bocas del Ródano y en el «cinturón rojo» en torno a París. Simbólicamente, Le Pen venció tanto a Hue como a Chevènement en sus propias circunscripciones. Hasta en las regiones agrícolas hasta entonces resistentes del suroeste (Tarn-et-Garonne, Haute-Saône) obtuvo resultados significativos. Por otra parte, el incremento del voto a Le Pen entre 1995 y 2002 fue tan sólo de 234.000. Incluso si se le suman los 670.000 votos del Mouvement National Républicain de Bruno Mégret –dejando a un lado la profunda animosidad entre estos anti-gueros colegas–, no se produjo ningún avance espectacular de la extrema derecha<sup>13</sup>. Mucho más significativo que el total de votos obtenidos por Le

<sup>12</sup> Además de Chirac, François Bayrou por la UDF, de centro-derecha; Christine Boutin, representando a un grupo tradicionalista católico defensor de la familia; Corinne Lepage, por el grupo ecologista de derechas Cap 21, y Alain Madelin por la neoliberal Démocratie Libérale.

<sup>13</sup> Ya que el aparente incremento de casi un millón de votos de la extrema derecha desde 1995 tiene como contrapartida los 1.440.000 votos obtenidos en aquellas elecciones por Philippe de Villiers, del Mouvement pour la France, con una orientación parecida.

Pen fue el aumento del abstencionismo. El 28 por 100 de los electores prefirieron no ir a votar, constituyéndose así en el «partido» mayor de Francia.

Las elecciones de 21 de abril devolvieron evidentemente a Chirac al Elíseo. El voto total combinado del centro-derecha fue de 4 millones de votos –el 80 por 100– por encima de la extrema derecha, y era obvio que muchos votantes de Jospin iban en cualquier caso a inclinarse sin remordimientos de conciencia por el presidente en funciones, dada la falta de diferencias políticas entre ellos. La única cuestión por decidir en la segunda vuelta era la amplitud de una victoria de la que nadie dudaba. Lanzándose a una orgía de golpes de pecho, la Izquierda Plural optó por regalar sus votos absolutamente superfluos al presidente. Hasta el pobre Jospin, que se había retirado con inesperada dignidad de la escena tras su derrota, se vio obligado históricamente por *Le Monde*, *Libération* y los *nouveaux chiens de garde* a musitar que él también votaría, después de todo, por Chirac. Con una mejor conciencia de la situación, cientos de miles de jóvenes se manifestaron y movilizaron contra el racismo de Le Pen. El 5 de mayo esa unanimidad sin precedentes dio el resultado que cabía esperar: 84 por 100 de votos para el presidente saliente. Una quinta parte de los franceses se negaron a votar. En las elecciones legislativas que tuvieron lugar a continuación, ofreciendo al centro-derecha una abrumadora mayoría sobre una izquierda autoinmolada, las abstenciones volvieron a subir hasta el 36 por 100 en la primera vuelta y el 40 por 100 en la segunda.

### *Le Pen*

La inflación retórica –ingenua o calculada– de la amenaza que suponía el Front National para la democracia francesa quedó reducida a sus verdaderas proporciones por ese resultado. En la segunda vuelta de las elecciones presidenciales Le Pen no pudo añadir más que un irrisorio puñado de votos –50.000– al total de los votos de extrema derecha de la primera vuelta; y en las elecciones legislativas de junio retrocedió a unos 3.200.000 votos (el 12,48 por 100), logro comparable a los resultados que había venido obteniendo a lo largo de la década de 1990. Si representa un peligro para la sociedad francesa no es porque su electorado esté aumentando rápidamente, sino porque se ha convertido en portavoz de muchos de los sectores peor tratados y más explotados de la población: trabajadores de cuello azul y cuello blanco, jóvenes de dieciocho a veinticuatro años y desempleados.

Los primeros éxitos del Front National, creado en 1972, se produjeron a mediados de la década de 1980, coincidiendo, como han señalado Serge Halimi y Loïc Wacquant, con el abandono por parte del Partido Socialista de su base obrera<sup>14</sup>. En un momento de crecientes tensiones económicas

---

<sup>14</sup> Serge HALIMI y Loïc WACQUANT, «The Price of Surrender», *The Guardian*, 24 de abril de 2002, p. 15.

los políticos del centro-izquierda apelaron a una demagogia cada vez más racista, como cuando el primer ministro Pierre Mauroy denunció una huelga de los trabajadores inmigrantes de Renault como obra de los «muyahidines», o como cuando el ayuntamiento de Vitry-sur-Seine, de mayoría comunista, destruyó con *bulldozers* sin pensárselo dos veces un alojamiento de inmigrantes. Fue en ese contexto cuando, tras ciertos éxitos en las elecciones locales, el FN alcanzó el 11 por 100 de los votos en las elecciones europeas de 1984<sup>15</sup>. Desde entonces su tendencia general, aunque no constante, ha sido ascendente, rondando por debajo del 10 por 100 en el resto de la década de 1980 para subir al 12,7 por 100 en 1993 y, tras otro bajón, al 15,97 por 100 en las elecciones regionales de 1998, antes de la escisión entre Le Pen y Mégret. Más indicativa ha sido la diversificación de su base, alcanzando desde su núcleo inicial pequeñoburgués a la «nueva clase media» a finales de la década de 1980 y a los trabajadores de cuello azul a comienzos de la de 1990. El Frente ha roto la topografía clásica de la política francesa para combinar bastiones tradicionales de la derecha, como Alsacia-Lorena, con otros tradicionalmente de izquierdas –Seine Saint-Denis y la «republicana» Provenza–, aunque sigue siendo débil en los antiguos reductos *pujadistas* del oeste y sudoeste. Las zonas y regiones en las que obtiene más votos se caracterizan por una urbanización anómica y desestructurada y un aumento de los pequeños delitos<sup>16</sup>.

En la década de 1990 también se ha producido un desplazamiento político de la base electoral del FN, si no de sus afiliados. En 1984 el 77 por 100 de sus votantes se consideraban a sí mismos «de derechas», proporción que ha disminuido en 1997 hasta el 50 por 100, mientras que la de los que se consideran «ni de izquierda ni de derecha» ha aumentado hasta el 34 por 100. En muchas cuestiones la opinión de los votantes del FN equidista del centro-izquierda y del centro-derecha, estando a menudo muy próxima al promedio nacional. Así, el 56 por 100 de los votantes del FN consideraban positivo el término *beneficio*, frente al 47 por 100 en el PSF y el 63 por 100 en el centro-derecha; el promedio nacional es del 52 por 100. La misma cercanía a la norma se aplicaba a las expresiones *privatización* (FN, 51 por 100; promedio nacional, 53 por 100), *neoliberalismo* (68 y 66 por 100, respectivamente) y a la pregunta «¿Habría que dar prioridad a las mejoras en las condiciones de los trabajadores?» (PSF, 77 por 100; centro-derecha, 47 por 100; FN, 64 por 100; promedio, 66 por

<sup>15</sup> Le Pen, proveniente de las tradiciones anticomunista y *pujadista* de la derecha dura francesa, se mostró en un principio escéptico sobre la línea de hostilidad contra los inmigrantes, y fue su principal teórico, François Duprat, quien le convenció de que era vital para incidir sobre la base del PCF. Duprat resultó muerto en un atentado con coche-bomba todavía sin explicación en 1978. Véase Nicolas LEBOURG, *François Duprat. Idéologies, Combats, Souvenirs*, Perpiñán, 2000.

<sup>16</sup> Véase Pascal PERRINEAU, *Le symptôme Le Pen: radiographie des électeurs du Front national*, París, 1997, pp. 101-120. Para una interesante discusión sobre las implicaciones genéricas del voto a la extrema derecha para la estrategia de la izquierda, véase Michael RUSTIN, «The Dynamics of Class and the Radical Right», *Soundings* 20 (verano de 2002).

100). Sólo en las cuestiones de la Unión Europea y la inmigración mostraban los votantes del FN una fuerte divergencia; aunque también tendían a mostrarse más preocupados por su situación personal, más pesimistas sobre el sistema económico y menos interesados por la política en general que otros sectores del electorado.

Pero esa adecuación a la norma no se traduce automáticamente en apoyo electoral y menos aún en organización de masas. El total de afiliados del FN no sobrepasaba los 42.000 en vísperas de la escisión entre Mégret y Le Pen. En la manifestación bajo la advocación de Juana de Arco celebrada el Primero de Mayo el FN reunió a unas 20.000 personas, cifra muy por debajo de la de participantes en las manifestaciones antifascistas. Las pocas convocatorias públicas del FN entre ambas vueltas presidenciales contaron con escasa asistencia. Existe un claro contraste entre afiliados y votantes, tanto sociológicamente –los primeros son de más edad y de clase media– como ideológicamente, dado que el antisemitismo sigue siendo un elemento crucial de la visión del mundo que se hacen los cuadros, pero es en gran medida irrelevante para sus votantes, cuya animosidad se concentra sobre todo en los norteafricanos.

El propio Le Pen supone al mismo tiempo un activo importante y un pasivo para el FN. Siendo uno de los pocos políticos franceses contemporáneos con carisma, inteligente y relativamente culto –algo de lo que siempre se sorprenden los extranjeros–, es capaz de citar a los historiadores de Roma o a los clásicos franceses, pero es también un *grande gueule* [bocazas] con un sentido del humor algo chocarrero –demasiado hábil en cualquier caso para que Chirac se atreva a enfrentarse con él–, tiene la vitalidad de un matón tabernario y no teme pasar del enfrentamiento verbal a las bofetadas<sup>17</sup>. Le Pen aporta al debate político ingredientes que habían quedado durante mucho tiempo olvidados: pasión, conflicto, ingenio, exageración, inclinación a señalar al enemigo (o a los muchos enemigos, en su caso) y una combinación de referencias literarias con pura vulgaridad, carnalidad y acción<sup>18</sup>. En comparación con él los políticos del centro-izquierda y el centro-derecha parecen apocados e inexpresivos, desprovistos de sentimientos genuinos, criaturas de sus máquinas respectivas. Pero Le Pen tendrá 79 años en 2007, cuando se celebren de nuevo elecciones presidenciales. Puede no estar en forma entonces para competir, pero sus tendencias autoritarias y egocéntricas son tan fuertes que

---

<sup>17</sup> Para el debate en televisión con Chirac que nunca tuvo lugar planeaba llevar consigo un par de esposas y ofrecérselas al presidente de manera que pudiera ponérselas él mismo por las muchas acusaciones de corrupción que pesan sobre él. Cuando se estrecharan la mano iba a comentarle irónicamente lo complacido que se sentía por encontrarse con él «por primera vez», aludiendo claramente a la reunión secreta que mantuvieron ambos en 1988, negada por Chirac pero confirmada durante la campaña por Charles Pasqua, que fue quien la concertó.

<sup>18</sup> Thomas CLERC, «Rhétorique de l'extrême droite», *Le Monde*, 9 de mayo de 2002, p. 12.

es muy improbable que ceda por las buenas el puesto. Al igual que su superideologizada base, representa objetivamente una limitación estructural para el FN, que le impide transformar su apoyo electoral en el tipo de movimiento de masas y dinámica política que pretende lograr.

El auténtico éxito del FN está el otro registro: en la progresiva *lepénisation* del discurso político francés. Los «inaceptables» arrebatos retóricos —«extralimitaciones» sobre la desigualdad racial, el número de inmigrantes, la necesidad de la pena de muerte o, con mayor intensidad durante los últimos años, los norteafricanos como origen principal del crimen— pueden desencadenar tormentas de protesta de los medios y provocar a corto plazo una caída en las encuestas de opinión, pero al cabo de unos meses los porcentajes suelen ser más altos que antes, mientras que los militantes se han apaciguado. Entonces se pasa a la siguiente escena, cuando se olvida el ultraje y las concepciones del FN reaparecen como lugares comunes —la observación de Fabius de que el FN «hace las preguntas adecuadas pero les da respuestas equivocadas»; la comparación de Giscard de la inmigración con una «invasión»; el comentario favorable de Balladur hacia la idea de «preferencia nacional»... En ese momento el ciclo puede recomenzar, cuando la extrema derecha desplaza un poco más allá el terreno del discurso, como en la respuesta triunfalista de Mégret a Giscard: «De nuevo se queda usted retrasado. Ya no estamos en la etapa de la invasión, sino de la colonización». Como dice Slavoj Žižek:

El centro liberal se ha visto reducido a actuar como «fuerza de reacción» [...], traduciendo las iniciativas de la derecha a un lenguaje liberal aceptable («aunque rechazamos el odio populista hacia los inmigrantes, tenemos que admitir que están planteando problemas que realmente preocupan a la gente, así que deberíamos tener esto en cuenta e introducir medidas más severas contra la inmigración y el crimen [...]»)<sup>19</sup>.

Alentados como tantos otros terrores obsesivos por los políticos y los medios de comunicación, la «delincuencia», el «nivel creciente de crímenes», los «jóvenes salvajes de los suburbios», etc., se han convertido en *leitmotiv* de las elecciones de este año, hasta el punto de que las encuestas mostraban que el 48 por 100 de la población creía que la cuestión principal a decidir era la «inseguridad» ciudadana. Como señalan Halimi y Wacquant, «Le Pen no necesitaba hablar, ya que los medios le estaban haciendo la campaña»<sup>20</sup>. En el contexto de la batalla contra el crimen y la guerra contra el terrorismo, las políticas autoritarias no pueden sino salir beneficiadas de la sensación acrecentada de tensión pública, la aparición de soldados con metrallas en las estaciones de ferrocarril y el creciente acoso a los jóvenes norteafricanos por parte de la policía.

<sup>19</sup> Slavoj ŽIŽEK, *Welcome to the Desert of the Real*, Londres, 2002, p. 152.

<sup>20</sup> S. Halimi y L. Wacquant, «The Price of Surrender», cit.

*Tribus trotskistas*

En el extremo opuesto del espectro, las urnas revelaron en 2002 el amplio espacio que se ha abierto a la izquierda del gobierno de Jospin y la incapacidad de las fuerzas que ocupan habitualmente ese terreno para hacer buen uso de él. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales el voto conjunto de la extrema izquierda alcanzó el 10 por 100, unos 3 millones de personas. Son resultados comparables a los de Rifondazione Comunista en Italia en su mejor momento y sobrepasan sustancialmente su respaldo actual. Pero pese a las movilizaciones juveniles que siguieron a la expulsión de Jospin de la carrera electoral, los votos de la extrema izquierda bajaron a sólo 630.000, menos del 3 por 100, en las elecciones legislativas que se celebraron seis semanas después. El voto útil da cuenta de parte de esa pérdida, pero una comprensión más profunda de las razones de esa evaporación repentina requiere cierta consideración de los aspectos fuertes y débiles de las dos principales «tribus» trotskistas de Francia.

En términos electorales la más fuerte de las dos es Lutte Ouvrière, la cual, sin embargo, apenas participa en las principales campañas y movimientos sociales de hoy día, del mismo modo que su predecesora –Voix Ouvrière– apenas participó en las luchas de posguerra de la izquierda francesa en torno a la independencia argelina y mayo de 1968. Su cultura interna se caracteriza por un conjunto de métodos forjados durante las décadas de 1930 y 1940: clandestinidad, criterios de afiliación muy selectivos, *ouvriérisme*, el culto al revolucionario ascético y fervoroso, concentración obsesiva en las intervenciones en los centros de trabajo con exclusión de su participación en otros movimientos. Promueve una ética de modestia y trabajo duro. De sus militantes se espera cierto espíritu de sacrificio frente a carrera, familia o curiosidad intelectual, proscribiendo enérgicamente las concepciones románticas del trabajo político.

Lutte Ouvrière se presentó por primera vez a las elecciones presidenciales en 1974. Su candidata desde entonces ha sido siempre Arlette Laguiller, empleada de banca ahora jubilada que ha sido también la principal representante de su partido en todas las demás contiendas electorales. Esta persistencia ha establecido firmemente en la conciencia popular su personalidad y su posición intransigente de lucha de clases, resumidas en su eslogan, sin mucho encanto pero tranquilizador, para las elecciones del 2002: *Arlette Laguiller. Toujours le camp des travailleurs*. Atrae muchos votos simplemente por ser tan diferente de los políticos profesionales: una mujer en torno a los sesenta que vive en un piso de protección oficial, que predeciblemente en un debate televisado fue la única que conocía el precio de un billete de metro. Pero su éxito tiene también una dimensión política: el mensaje agitador básico de la desigualdad y la explotación de clase atrae a una capa significativa de la población –más de 1.600.000 votantes– desilusionados o asqueados por la trayectoria del centro-izquierda. En 2002 obtuvo el tercer puesto entre los trabajadores de cuello azul, con el 12 por 100 de sus votos (frente al 24 por 100 para



Le Pen y el 16 por 100 para Chirac). Sin embargo, LO parece incapaz de convertir sus éxitos en las urnas en una afiliación mayor (asegura contar con unos 2.000 militantes). O cualquier otra forma de actividad política regular. Laguiller hace de vez en cuando declaraciones sobre el proyecto de un «gran partido de los trabajadores», pero parece menos deseosa de actuar como catalizador para cualquier recomposición de la *gauche de la gauche*. Además, dado que LO no ha participado en los nuevos movimientos sociales, muchos de los jóvenes que ahora intervienen en ellos se muestran muy suspicaces frente a su organización.

En casi cualquier aspecto –ya sea doctrinal, estratégico, organizativo o cultural– la Ligue Communiste Révolutionnaire es la antítesis de su vieja prima. Mientras que Lutte Ouvrière es una organización centralizada y poco democrática, la Liga es federal y coexisten en ella innumerables tendencias diferentes. Mientras que LO sigue apegada litúrgicamente a cierta variante de marxismo economicista, la LCR abarca un espectro que va desde la socialdemocracia de izquierda al anarcosindicalismo y el trotskismo ortodoxo. Donde LO puede ser tajante y categórica, la Liga se muestra a menudo confusa, enredada y caótica. Mientras que LO se mantiene relativamente cerrada a los movimientos sociales no alineados, los miembros y ex miembros de la LCR se muestran desbordantemente activos en ellos, ya sea en la organización contra el desempleo AC!, en los sindicatos autónomos SUD, en la oposición de izquierda de la CFDT, en la campaña de los *sans-papiers* o la de los alojamientos, en los grupos de derechos de las mujeres, en ATTAC y en el movimiento antifascista Ras l'Front. De hecho, a veces están tan sumergidos en esos medios que resulta difícil discernir su filiación política original.

En fuerte contraste con LO, la LCR se ha visto tentada cada vez más a adoptar posiciones complacientes con la opinión pública. Tras su oposición no muy decidida a la guerra de los Balcanes, optó por presentar como candidato a las elecciones presidenciales a un joven trabajador de correos, Olivier Besancenot, desconocido pero que daba muy buena imagen en televisión. Una importante figura anunció sin el más ligero estremecimiento que la Liga pretendía que ejerciera el mismo atractivo mágico que «Amélie Poulain», quizás la peor muestra de *kitsch* al estilo Disney que haya producido nunca el cine francés. Enfrentada en la mañana del 22 de abril a optar en la segunda vuelta entre Chirac y Le Pen, LO no vaciló en abominar de ambos, pidiendo el voto en blanco<sup>21</sup>. La LCR, por el contrario, se doblegó bajo la presión de los medios de comunicación y aconsejó a sus seguidores –aun sin atreverse a decirlo claramente– votar por Chirac, diciéndoles que era su deber «votar contra Le Pen»<sup>22</sup>. Trotski

<sup>21</sup> Un aspecto vergonzoso de las manifestaciones contra Le Pen es que en ellas se escucharan gritos de «LO, collabos!» («LO, colaboracionistas») por parte de quienes hicieron cola para votar por Chirac, entre los que abundaban quienes en 1988 habían tratado de colaborar con Le Pen.

<sup>22</sup> Fue, como dijo en un documento interno un veterano de la LCR, ahora disidente, la «peor posición» que podían adoptar. Gilbert ACHCAR, «Pour prendre date», 1 de mayo de 2002.

se habría revuelto en su tumba. Esa unidad surrealista de todo el espectro político francés, desde Pasqua hasta Besancenot pasando por Madelin, sólo podía propiciar el alejamiento popular en el que medra Le Pen vituperando la *démocrassouille* y burlándose de la *ripoublique*<sup>23</sup>.

### *Vencedores y vencidos*

La suerte más sombría es la que ha corrido el PCF. En las elecciones presidenciales consiguió sólo el 4 por 100 de los votos de los trabajadores de cuello azul, por debajo no sólo de la extrema izquierda, la extrema derecha, Chirac o Jospin, sino incluso de Saint-Josse, el candidato de los cazadores y pescadores, o de *bobo* Mamère, el de los verdes. Con el 3 por 100 de los trabajadores de cuello blanco Hue quedó igualado con el ultra-liberal Madelin, mientras que el 1 por 100 de los votos que recibió de los jóvenes entre dieciocho y veinticuatro años fue un porcentaje tan bajo que casi entra en el rango del error estadístico. Hue –ya obligado a aceptar una coregencia con Marie-George Buffet, cuya única característica distintiva es su sexo– puede no sobrevivir al congreso del partido en primavera. Los intentos de los «refundadores» de persuadir a los dirigentes para que convoquen una asamblea general de la izquierda, tendente a una reorganización general de todas las fuerzas situadas fuera del PSF, fue estólidamente rechazada. El partido es ahora una diminuta banda de funcionarios que sobreviven a costa de la desmesurada reserva de activos materiales, que van vendiendo poco a poco. Simbólicamente, el famoso cuartel general que Oscar Niemeyer construyó para el PCF en la plaza Colonel Fabien (recientemente alquilado a Miuccia Prada para un desfile de modelos) puede ser el siguiente activo a liquidar.

En cuanto al PSF, parece estar lamiéndose distraídamente sus heridas, incapaz de entender lo que le ha sucedido. Sus guardaespaldas intelectuales en los medios de comunicación han sacado naturalmente sus propias conclusiones de la caída de Jospin. ¿Por qué no sopesó debidamente el éxito de Blair? El Nuevo Laborismo le había mostrado la vía no sólo para conseguir el poder, sino para mantenerlo: el PSF tiene que desprenderse del peso muerto ideológico de su etiqueta y convertirse en una fuerza modernizadora postsocialista como el partido laborista. Pero por mucho que los aspirantes a suceder a Jospin aprecien en privado ese consejo, les resulta difícil aceptar abiertamente el diagnóstico, no sólo debido a las ataduras sentimentales del partido con la etiqueta «socialista», sino también porque es obvio que el PSF perdió en 2002 debido al abandono de las *couches populaires*, no por ser demasiado radical, sino demasiado

---

<sup>23</sup> Juegos de palabras empleados desde hace mucho por la extrema derecha. *Démocrassouille*, que suena parecido a *démocratie*, combina esta última palabra con la suciedad evocada por el verbo *souiller*. En cuanto a *Ripoublique*, recurre a la trasposición de sílabas conocida como *verlans*, según la *pourri* [podrido] = *ripou*.

incolore. Fabius y Strauss-Kahn, los dos principales contendientes de la derecha del partido, podrían quedarse con el santo y la limosna si no se detestaran tanto mutuamente, lo que les puede llevar a un callejón sin salida permitiendo a la hija de Delors, Martine Aubry, heredar el poder apareciendo como el rostro más «social» del partido.

Entretanto Chirac se dispone a disfrutar del regalo del gobierno plenipotenciario. Lo que haga con él es bastante impredecible. En el plazo de pocos años ha pasado por el gaullismo modernizado, el «laborismo al estilo francés», el neoliberalismo thatcherista y el conservadurismo de «unación», adornado aquí y allá con una ramita de ambientalismo, una pizca de racismo y un pegote de preocupaciones responsables por la globalización. Lo único seguro es que su presidencia no sanará las fracturas del país ni cerrará la brecha entre gobernantes y gobernados. Por el momento ha instalado como primer ministro a Jean-Pierre Raffarin —una especie de John Major algo más jovial—, y a su mano derecha y supuesto sucesor Alain Juppé a la cabeza de la Unión por una Mayoría Presidencial, el frente político sin delimitaciones constituido para ganar las elecciones legislativas. A cargo de la economía está Francis Mer, antiguo jefe de la gran empresa siderúrgica privatizada Usinor, de la que despidió a unos 50.000 empleados. Al frente de la educación ha puesto al filósofo Luc Ferry, inquisidor general contra la herencia de la década de 1960. En estas áreas el margen de maniobra del centro-derecha sigue siendo limitado: la promesa de reducir los impuestos se enfrenta al callejón sin salida del Pacto de Estabilidad europeo y la federación de enseñantes está en guardia. La seguridad, sin embargo es otra cuestión. Ahí Chirac sí puede y quiere establecer una diferencia significativa. El voraz Nicolas Sarkozy, a quien le han dado las llaves del arsenal del Ministerio del Interior, sacó inmediatamente de él balas de plástico para la batalla contra las hordas de la delincuencia. Ésa ha sido la amarga recompensa para quienes se postraron ante el nuevo salvador de la nación.